SANAE MASUDA

LA ESPIRITUALIDAD DE LOS CUENTOS POPULARES JAPONESES

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2007

ÍNDICE

PALABRAS DE PRESENTACIÓN 9

INTRODUCCIÓN: EL CUENTO POPULAR Y LA ESPIRITUALIDAD HUMANA 13

1. ÁRBOLES Y ANIMALES 19
   1.1. El blanco conejo de Inaba 19
   1.2. El dios de la pobreza 29
   1.3. "¡Avante, árbol parlante!" 46
   1.4. El tejón tamborilero 60

2. LOS MÁS PEQUEÑOS 73
   2.1. El divino "mocosillo" 73
   2.2. La princesa Uriko ("Aroma de Melón") 87
   2.3. El bonzo enanito 101

3. DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ 123
   3.1. La joven sin brazos 123
   3.2. La oreja que escucha 144
   3.3. Una llama para Año Nuevo 170

4. LO SAGRADO DE LA NATURALEZA HUMANA. LO SAGRADO DE LA SEXUALIDAD 193
   4.1. El hígado de un niño 193
   4.2. El holgazán Taroo 212

CONCLUSIÓN 245

AGRADECIMIENTOS 247

BIBLIOGRAFÍA 251

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

Los cuentos populares que en este libro aparecen suponen, casi todos ellos, un reencuentro con tradiciones que los japoneses en general –sin distinción de edad ni de sexo– consideramos muy entrañables. Los estudiantes de la Universidad donde presto mis servicios leen también los cuentos de Grimm o los de Andersen; pero cuando se habla de cuentos populares japoneses suelen hacer un gesto de mirar a lo lejos, como evocando un mundo añorado. Pues nuestros cuentos les hacen revivir su infancia, cuando recibían su educación en el seno de una familia japonesa. Y es que esos cuentos están indisolublemente unidos al recuerdo de su familia, donde los escucharon, y al de los buenos amigos con quienes compartían el saber contarlos. Para los japoneses, estos cuentos populares constituyen una fuente de experiencias comunes –ya seamos conscientes de ellas, o no lo seamos– y también suponen una producción comunitaria, pues fueron creados y transmitidos por el pueblo.

Parece obvio decir que estos cuentos reflejan a lo vivo un mundo fuertemente imbuido de Shintoísmo –la religión primitiva del pueblo japonés– y de Budismo –que ha sido un factor básico para la espiritualidad de los japoneses desde la época medieval–. Con frecuencia salen a relucir en nuestros cuentos santuarios shintoístas y tem-

plos budistas. Y si observamos que por allí aparecen los dioses shintoístas, igualmente advertimos que hacen su aparición Buda y sus Bodisatvas. A pesar de ello, estos cuentos, que surgieron con una espontaneidad natural, que han sido narrados de unas generaciones a otras, que han sido leídos y amados como una tradición ininterrumpida..., no son especialmente vehículos transmisores de una fe religiosa, ni shintoísta ni budista. Es más: tampoco se hallan investidos de la misión de transmitir una moral establecida. Simplemente, han venido refiriéndonos las alegrías de los antiguos japoneses, sus tristezas, sus miedos, su temor reverencial, su sorpresa, su sufrimiento, su indignación..., las varias experiencias de la vida, en suma. Podría decirse que son la fuente de la psicología de los japoneses. Por eso, tanto los que escuchan esos cuentos como los que los leen han venido interpretándolos con gran libertad, adecuando sus enseñanzas en cada caso a su propia visión del mundo y a su propia religión. Durante el siglo veinte los estudios etnológicos –cuyo precursor ha sido Kunio Yanagida– y la importada Psicología Profunda han ayudado a desentrañar las raíces y contenido de dichos cuentos; y por ese medio se ha aclarado cada vez más la psicología y la espiritualidad de los japoneses, gracias al importante significado que en los cuentos se encierra.

La Hermana Sanae Masuda, al darnos esta obra, *La espiritualidad de los cuentos populares japoneses*, nos trae el convencimiento de que la psicología de los japoneses –tal como se refleja en los cuentos–, lejos de entrar en contradicción alguna con la visión cristiana de las cosas, desde muy antiguo ha venido confluyendo inconscientemente con dicha visión –pues aquellos japoneses no tenían conocimiento del Evangelio–.

"El amor no es lo que una persona unilateralmente da; ¿no lo definiríamos más bien como algo que desencadena un intercambio afectivo entre personas?" El punto de vista que hay tras esta pregunta de la autora está descubriendo ciertamente –y mediante una metodología nueva– los veneros que alimentan la rica espiritualidad de los cuentos populares japoneses. Entre los especialistas contemporáneos en religión shintoísta, como Nagao Nishida y Takeshi Mitsuhashi, no pocos ven puntos de contacto y paralelismos abundantes entre la doctrina del cristianismo y la tradición Shinto. Y aún habríamos de añadir que tanto desde el mundo del shintoísmo como desde círculos cristianos se está fomentando mucho en los últimos años el diálogo inter-religioso. En la corriente de este nuestro tiempo ecuménico, que no cesa de fluir, la obra de la Hermana Masuda va a suponer una importante contribución al ecumenismo.

Haruko Okano
Doctora en Filosofía por la Universidad de Bonn
Rectora de la Universidad Seisen (Tokyo)

INTRODUCCIÓN: EL CUENTO POPULAR Y LA ESPIRITUALIDAD HUMANA

Desde muy remotos tiempos, la humanidad ha venido creyendo en un ser superior. Al encontrarse el ser humano con misterios de la naturaleza que le provocan sorpresa y miedo, como la temible muerte y otras catástrofes para él incontrolables, así como con circunstancias que le hacen sentirse agradecido –los frutos del campo, por ejemplo, o la bonanza del mar–, él ha buscado la explicación de todo ello en un ser que desborda los límites de la existencia humana.

Siendo esto así, la religión que brota de la vida y crece al amparo de la naturaleza se suele llamar generalmente "religión natural", y sus rastros –concretamente en nuestro Japón– se van descubriendo desde la época prehistórica Joomon (Neolítico japonés, desde los albores del 8000 a.C., hasta el 200 a.C.). A partir de ciertos objetos que se han exhumado –como figurillas de arcilla, supuestos útiles de culto, etc.–, o bien de cementerios prehistóricos, que revelan la costumbre de enterrar, o también de ruinas de grandes lugares, posiblemente dedicados a la celebración..., se puede rastrear la existencia de una vida religiosa en dicha época.

La religión natural de Japón, si bien recibió influencias como la del Budismo, se desarrolló independientemente de bonzos u otros personajes religiosos, dando origen a manifestaciones genuinamente populares de lo sagrado.

Así nacieron los festivales, las celebraciones anuales, los ritos relacionados con la vida cotidiana, los mitos, las leyendas populares; y asimismo, la religión popular vio a su vez que sus creencias se atesoraban en dichas prácticas, e incluso resultó reforzada por éstas. Dichas creencias populares, aunque no eran reconocidas particularmente como tal religión, llevaban a unas prácticas espontáneas en la vida, de modo que quien no las ponía por obra se sentía estar en falta de algo. Así, la religión natural iba calando en la vida de la gente, hasta el punto de que podemos llamarla "religión popular", o "religión invisible".

Por citar un ejemplo propio, referiré que en cierta ocasión pasada, yo me encontré el día de Año Nuevo en un país donde esa fecha era un día corriente, que no se destacaba de los demás del año. Sentí una especial insatisfacción y soledad entre aquellas personas, que no vestían sus galas en esa fecha –para mí, fiesta de Año Nuevo–, ni preparaban una comida especial. Todo lo que podía yo hacer era abstenerme ese día de hacer limpieza y lavado de ropa, siguiendo la costumbre de Japón. Desde mi infancia, Año Nuevo había sido en mi casa una especial fiesta en que no se hacían tales labores domésticas, ya por costumbre. Y era una costumbre que observábamos sin cuestionarnos su origen ni elucubrar más sobre ella. "Año Nuevo" era considerado como una institución sagrada desde siempre, un día destinado a que todo el mundo diera la bienvenida al dios del año entrante.

Yendo a un ejemplo ajeno al Año Nuevo, recordemos que existe un sentimiento de oposición instintiva a la cruel destrucción de los recursos naturales. Ante esos desagradables desmontes que se llevan a cabo en las laderas de las colinas, o la tala de árboles en aras de la urbanización, o esos ríos que corren entre paredes de cemento, ¿no es verdad que cualquiera se siente inclinado a des-

viar la mirada? Y no diríamos que es por una reacción instintiva frente a lo antiestético, sino seguramente porque se despierta un sentimiento interior de religión natural, que nos lleva a venerar lo espiritual de los árboles, las rocas, el agua y la montaña.

Mientras la mayoría de las religiones establecidas que vemos destacar –con su fundador, sus ritos, su organización– son monoteístas, la religión natural suele tener un carácter politeísta, contemplando muchos espíritus y dioses. Aunque al referirme a la fe popular me permitiré citar la obra *La religión del pueblo japonés*, de Jun Miyaie. Según este autor, no se trata de que la religión natural sea politeísta, sino de que presenta esa apariencia; y es una opinión que comparto. Pues los hombres primitivos no han creído en la existencia real de muchos dioses, sino que más bien han sentido en muchas manifestaciones de su vida la vecindad de un ser supremo.

En las fiestas de Año Nuevo de cierto año, yo me fui dando un paseo hacia un santuario shintoísta situado a la espalda de un monte, de cuya belleza agreste me habían hablado. Como no era ya exactamente el día 1 de Enero, los visitantes iban llegando al templo sin aglomeraciones. Para llegar a ver esa parte del monte, la entrada del santuario era paso obligado, y al llegar yo vi a un matrimonio joven que estaba allí como fieles que visitan su templo, llevando en brazos uno de ellos a un bebé. Los dos jóvenes se quitaron los guantes, la bufanda e incluso el abrigo; acercaron a su hijito a la caja de ofrendas y, sujetándole la manita tras ponerle una moneda en ella, se la hicieron echar allí. Luego juntaron sus propias manos, e inclinando la cabeza, oraron durante un rato. Era una actitud de sumisión, abajando la frente ante el ser supremo. La fe de ellos hacía presente al ser supremo, y marcaba aquel espacio como sagrado. Y a una cristiana como

yo, que rehusaba adorar a los ídolos, y permanecía allí de pie y mirándolos, con mis guantes puestos, y con mi bufanda y abrigo encima, me hicieron sentirme avergonzada. Tal vez ellos no eran creyentes del Shinto, sino que, siguiendo el comportamiento normal de los japoneses, iban al santuario shintoísta, por Año Nuevo, celebraban su boda en alguna iglesia, y para los funerales acudían al templo budista. La fe que se podía adivinar en ellos no sería seguramente distinta de la fe de nuestros antepasados.

En las religiones establecidas que cuentan con un fundador, las enseñanzas originales de éste se consideran de la mayor importancia; mientras que en una religión natural, a una con los ritos están las leyendas míticas y los relatos populares, que comunican un sentido sobrenatural a los diversos aspectos de la vida. En sus mitos y en sus cuentos folclóricos está encerrada la visión de la persona que la religión natural proyecta, así como la visión de la vida humana y del mundo. Todo eso se convierte en la "religión invisible" que aun hoy día cala hasta nuestra actividad cotidiana.

Nos gustaría llamar "espiritualidad" a esa disposición interior que experimentan hacia el ser superior cuantos creen en él. Este libro no es más que un intento de buscar, desde dentro de los cuentos populares, esa consideración que el corazón humano proyecta sobre la persona, la vida y el mundo. Todo ello no se reduce a indagar la espiritualidad de tiempos pasados. Como estimamos que la espiritualidad de los cuentos populares aún pervive entre nosotros hoy, nuestro intento pretende llegar a hacernos más comprensible nuestra propia espiritualidad cotidiana. No está en nuestra mano definir lo que nuestros predecesores entendían respecto al simbolismo interno vigente en las expresiones de los mitos y los cuentos populares. Sin embargo, si me propongo explicar el sen-

tido que para mí tiene todo eso –siendo así que he sido educada en la misma fe popular que mis antepasados tenían–, tal propósito está obviamente a mi alcance. Y por esa vía, me es posible entrar en contacto con los sentimientos que despierta en mí esa religión natural que anida en mi inconsciente, aun cuando no la reconozca expresamente como tal religión. Y ahí damos con una faceta de la fe popular que posee el pueblo japonés.

Pretendiendo así elucidar la espiritualidad de los cuentos populares japoneses, y saber si las creencias de este pueblo son válidas para nuestra etnia solamente, o bien forman parte de las creencias comunes de la humanidad entera, he ido reflexionando sobre ellas y las he cotejado con ideas del universo bíblico, tratando de verlas a una nueva luz.

En lo que sigue, he seleccionado doce narraciones populares. Y he dispuesto, en cada caso, dentro del mismo capítulo, historias paralelas, coincidentes en el tema de cómo es posible localizar la sensación humana de un ser superior. Así, el contenido de los capítulos va tratando sucesivamente de árboles y animales, del ser humano en su niñez, del paso gradual de las tinieblas a la luz, de la persona como tal, etc. Esta disposición de los capítulos no se debe sólo a razones prácticas, sino que resulta iluminadora para extenderse en consideraciones sobre el simbolismo del lenguaje de estos cuentos populares, que lejos de reducirse a una sola significación, abarca multitud de aspectos semánticos.

Para las citas bíblicas, he seguido la nueva versión comunitaria de la Biblia, que es conocida entre los japoneses.